

¡Buscaré tu Rostro, Señor, tu rostro buscaré...!

El traspaso pascual del Papa Emérito Benedicto XVI nos ha conmovido y afectado profundamente. Un momento importante para la vida de la Iglesia que ha suscitado sentimientos de sincera conmoción y profunda gratitud. Hemos rendido homenaje al Papa Emérito y nos hemos asombrado ante su gran talla moral y el reconocimiento que ha surgido espontáneamente por parte de aquellos que se han alimentado de su palabra. Del corazón de la Iglesia ha brotado un gracias coral.

En diversas circunstancias, el Santo Padre había dicho que la vida no es un círculo cerrado, sino un camino que tiende hacia un encuentro, una línea que avanza hacia su plenitud.

Damos gracias al Señor por la claridad de su fe, por el don de su pensamiento, por la sencillez con la que siempre vivió y comunicó la profundidad del misterio de Dios.

Como mujeres consagradas, hemos amado y apoyado al *Humilde Servidor de la Viña de Dios* acogiendo las instituciones proféticas de su magisterio y nos hemos dejado interrogar por sus líneas programáticas. Lo recordaremos por la humildad y la sabiduría con la que ha acompañado a la Iglesia y a la vida religiosa.

Al recorrer los años de su pontificado, es evidente que el Papa Benedicto quiso reconducir la vida consagrada a su núcleo original que es la forma de vida asumida por Cristo. *“Pertener al Señor –dice a las Superiores Generales reunidas en audiencia el 22 de mayo de 2006– quiere decir dejarse abrasar por su Amor incandescente, ser transformadas por el esplendor de su belleza; le ofrecemos nuestra pequeñez como sacrificio de agradable aroma, para que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo que tanto necesita embriagarse con la riqueza de su gracia”*.

En su magisterio, no faltaron palabras claras e incisivas sobre la vida consagrada como testimonio y expresión del poder “fuerte” de la búsqueda recíproca de Dios y de la persona humana atraída por el Amor. *“La persona consagrada –compartía Benedicto XVI– por el hecho mismo de estar ahí, representa un “puente” hacia Dios para todos aquellos que se encuentran con ella, una llamada, un reenvío. Y todo esto en virtud de la mediación de Jesucristo, el Consagrado del Padre. ¡El fundamento es Él! Él que ha compartido nuestra fragilidad para que pudiéramos participar de su naturaleza divina”*. (Papa Benedicto XVI, Homilía, 2 febrero 2010). Palabras fuertes que acogemos cuando reconocemos que edificar la propia casa sobre roca, sobre Cristo y con Cristo, significa construir sobre un fundamento que se llama Amor crucificado.

Lo recordamos por su firme y vigorosa llamada a poner la Palabra de Dios en el centro de la vida espiritual y de este modo redescubrir la luz que la Sagrada Escritura, y de forma concreta el Evangelio, da a nuestros días, a nuestro corazón y a la renovación de la vida consagrada: *“La Palabra de Dios es Cristo mismo, que está y debe estar en el centro de la Iglesia y de su vida religiosa.”* (Papa Benedicto XVI, Homilía, 2 febrero 2006). Lo que llama la atención es su testimonio cristocéntrico que se expresa en su anuncio sencillo y directo y en su hacer claro y coherente. Para Benedicto XVI, el discipulado es una respuesta de amor a Jesucristo, viviendo una amistad personal con Él y renovando interiormente la voluntad de orientarse hacia Él, volviendo constantemente el corazón hacia la Pascua, con la cual la vida alcanza la plenitud.

Quien ha escuchado a Benedicto XVI ha descubierto, de forma natural, la pasión por la escucha orante de la Palabra que habla *a* y *en* nuestro presente y que da forma al corazón, haciendo de nuestra vida cotidiana un espacio sagrado de encarnación del Misterio. Solo la acogida incondicional de la Palabra genera novedad y transforma. El camino trazado por Benedicto XVI consiste en ser oyente asiduo de la Palabra, porque toda sabiduría de vida nace de la Palabra del

Señor, y explorarla con Amor sapiencial. Inmersas en este dinamismo fecundo del Espíritu somos conducidas al auténtico encuentro con la humanidad porque *“al verla con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita.”* (Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*).

La vida consagrada es una planta rica de ramas enraizadas en el Evangelio vivido cotidianamente como el elemento que da belleza y presenta a cada persona ante el mundo como una alternativa creíble. Hoy nuestra sociedad necesita esto, y esto es lo que la Iglesia espera: ser Evangelio viviente. La heredad espiritual del Papa Benedicto es la llamada a ser de Cristo, mantener encendida en el corazón una llama viva de Amor, alimentada por la riqueza de la fe, no solo cuando está llena de gozo interior, sino también cuando sufre dificultad, aridez y sufrimiento.

Como teólogo y amante de la verdad, Benedicto inició una reflexión muy profunda sobre dos temas muy importantes: la Verdad y el Amor, los cuales no son términos contradictorios, sino que se exigen y alimentan mutuamente, porque *“sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El Amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente.”* (Papa Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*)

Vivió y concibió su pontificado como un servicio de Amor, como una *“presidencia de Amor”* consciente de que la doctrina de la Iglesia alcanza el corazón de cada persona solo si conduce al Amor. Este modelo de gobierno, humilde y sencillo nos ha animado también a nosotras a concebir la autoridad como servicio fecundo, tratando de *“hacer del Amor unificador, nuestra medida; del Amor duradero, nuestro desafío; del Amor que se da, nuestra misión!”* (cfr. Papa Benedicto XVI, Discurso, 10 julio 2008).

Seamos conscientes del aprecio que Benedicto XVI demostró por las personas consagradas y su llamada a *“ser testimonios de la presencia transfiguradora de Dios en un mundo desorientado y confuso”*, que todavía hoy, nos llega como una llamada profética. Nos invitó *“a mirar este tiempo con la mirada de la fe para poder mirar a la humanidad, al mundo y la historia a la luz de Cristo crucificado y resucitado, única estrella capaz de orientar a los pueblos”*. (Papa Benedicto XVI, Discurso, 22 mayo 2006).

“La vida consagrada –sigue diciendo– es importante precisamente por su ser signo de gratuidad y de Amor, y más importante incluso en una sociedad que corre el riesgo de asfixiarse en la vorágine de lo efímero y de lo útil (cfr. Vita consecrata, 105). Es testimonio de sobreabundancia de Amor que empuja a “perder” la propia vida, como respuesta a la sobreabundancia de Amor del Señor que, primero, “pierde” su vida por nosotros”.

Con sentimientos de cuidado y atención reservó palabras de esperanza y de profundo respeto por las personas consagradas, principalmente por las que vivían en situaciones de mayor fragilidad recordando que *“nadie es inútil, porque el Señor nos asocia a todos al “trono de la gracia”. Toda persona es un don precioso para la Iglesia y para el mundo, sediento de Dios y de su Palabra, también, y sobre todo, en los momentos de mayor fragilidad”*. (Papa Benedicto XVI, Homilia, 2 febrero 2010)

Con gran claridad, nos desafió a luchar contra la cultura secularizada, que ha penetrado en la mente y el corazón de no pocos consagrados, invitándonos a superar el relativismo que empobrece la fe y la búsqueda de Dios, empujándonos a vivir en la mediocridad.

“El Señor –decía– quiere hombre y mujeres libres, sin ataduras, capaces de abandonarlo todo para seguirlo y encontrar su plenitud solo en Él. Son necesarias opciones valientes, a nivel personal y comunitario, que impriman una nueva disciplina a la vida de las personas consagradas y las lleven

a descubrir la dimensión integral del seguimiento de Cristo". (Papa Benedicto XVI, Discurso, 22 maio 2006).

Nos animó ser en el mundo un signo creíble y luminoso: ser fuego del Evangelio y de sus paradojas, sin conformarnos con la mentalidad del mundo, sino transformándonos y renovando continuamente nuestro esfuerzo, para poder discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto a Él (cfr. Rm 12,2).

El Papa Benedicto XVI siempre reconoció el papel especial de las mujeres en la vida de la Iglesia atribuyéndoles una especial influencia: *“Las mujeres tienen un papel crucial en la sociedad, deberían ser animadas a abrazar las oportunidades para crecer en dignidad de vida a través de su compromiso con la educación y su participación en la vida política y cívica. El genio femenino puede organizar acciones con el objetivo y la motivación de desarrollar retos todavía más grandes para compartir experiencias y generar nuevas ideas.”* (Papa Benedicto XVI, Mensaje, 20 marzo 2009). *“Las mujeres han experimentado vínculos especiales con el Señor lo cual es fundamental para la vida concreta de la comunidad cristiana, y esto siempre, en cualquier época, no solo en los inicios del camino de la Iglesia.”* (Papa Benedicto XVI, Angelus, 9 abril 2012).

Para Benedicto XVI fue una verdadera exigencia del corazón cultivar el diálogo con el arte, entendido como forma de belleza. Sobre todo, se esforzó en llevar a la luz la belleza de la fe misma, para que no solo se hablase de la fe, sino que, sobre todo, se celebrara. Se comprometió a que la liturgia fuese armónica, porque es la celebración de la presencia y de la obra del Dios viviente y porque quiere conducirnos al misterio divino.

El itinerario de Benedicto XVI, lleno de profundas reflexiones que representan una inmensa herencia de sabiduría y de fe, permanecerá en el corazón y en la historia de la Iglesia. Su pensamiento continuará iluminando el camino de todos los encontraron en él una luz que ilumina las tinieblas del mundo. Permanecerá, sin duda, su magisterio, sus tres encíclicas –*Deus caritas est, Spe salvi, Caritas in veritate*, la belleza y la profundidad de sus reflexiones y catequesis en el transcurso de las audiencias generales. Nos ha dejado una maravillosa paternidad espiritual y eclesial, un patrimonio que marcó el siglo XX y los primeros pasos del nuevo Milenio.

El Santo Padre ha dejado en nuestro corazón un deseo profundo de oración entendida como respiración y alimento del alma y oasis de paz en el cual obtenemos el agua que alimenta la vida espiritual y transforma la existencia. Él enciende en nosotros la nostalgia de Dios, el anhelo de buscarlo e ir a su encuentro, mientras se comunica, se nos da a conocer y nos inflama con su Espíritu haciéndonos saltar de gozo.

Su testimonio de hombre enamorado de Dios y buscador del Señor es una invitación a cultivar el deseo de la búsqueda constante de un Rostro, *«Faciem tuam, Domine, requiram»* (Sal 26,8), y a orientar el camino, tanto en los pequeños pasos cotidianos como en las decisiones más importantes, hacia el cumplimiento de este peregrinaje del corazón.

Querido Papa Emérito, a ti, nuestra más profunda y eterna gratitud.

Hna. Nadia Coppa, ASC

Presidenta de la UISG